



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10.050

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjera.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

VIERNES 3 DE MAYO DE 1895

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—corresponsales en París, A. Lorette, rue Chumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

PARA HUERTAS Y JARDINES

PUERTAS DE MURCIA, PLAZA DE CASTELLINI.

Azadones comunes, azadones estrechos para viñas, legones, palas, picos de hacha, picazas, plantadoras, azadillas para jardín y azadillas sacadores de plantas, rastillos de dientes, horquillas, tijeras para podar, guantes metálicos de malla, fuelles azufradores para viñas, arados, vertederos, grifos y válvulas, taponas para balsas, desgranadoras de maíz, bombas económicas y bombitas para jardín, juegos de herramientas de jardín para señoras y niños, espino artificial para vallas, bancos rústicos fijos, sillas y bancos plegadizos y mesitas para jardín.

Todo el herramental es de acero y los precios son extremadamente económicos.

COLABORACION INEDITA.

TIPOS MADRILEÑOS.

LA FLORISTA

En las calles ha estallado ya el alegre pregón de todos los años; á cada momento repercute en el aire, repitiéndose por ventanas y balcones, un grito gutural que dice, tanteando por el eco: «Lilas de la Casa de Campo, lilas...» y cargada con una enorme cesta que rebosa de florecillas azuladas, haciendo escala el domingo por la mañana en la puerta de las iglesias á las horas de misas, y estacionándose por la tarde en la calle de Alcalá, se distingue una figura de una mujer de pueblo que vaga todo el día, todos los días, llenando de aromas la población.

Es la alegría de Abril... ¡Cómo ha de ser!... En los tiempos prosáicos que nos han cabido en suerte, no se la concibe de otra manera. La fantasía se imagina el hada de las lilas de distinto modo: hermosa, con una hermosura clásica y co-

recta, el cabello suelto, desnuda y cubierta solo por transparentes velos, el blanco rostro lleno de maliciosa dulzura y desparpamando un ramo de las democráticas florecillas... La realidad se lleva obsesión tan simpática: la diosa va vestida con falda de percal, gasta los zapatos rotos; usa un delantal mugriento, patillas de chula, clinico peinado; se lo adivina que no se lava nunca, y muere con delicia un zoquete de pan, voceando entre bocado y bocado el diminuto arbusto de las moradas hojas...

En Madrid, fuera de las de los teatros, no existe el tipo de la florista; esa graciosa y linda silueta parisien ataviada con su cofia blanca y cargada con el cestillo de mimbres lleno de rosas, no existe entre nosotros y es lástima, porque constituyen una cosa adorable el ramillete ofrecido por la mano de una vendedora joven y compuesta; el oloroso bouquet y la muchacha que lo conduce se completan; el manejo de claveles necesita la sonrisa picarresca y el planchado delantal; son dos frescuras de adolescencia: la del capullo nuevo y la de la chiquilla arregladita... Unidas las dos constituyen una figura llena de encanto, interesante, el gran atractivo de la coquetería transparente y limpia.

En Madrid las flores se venden de cualquier modo, como las avellanas ó las lechugas, por mujerzuelas desgreñadas y harapientas, que profanan con sus dedos callosos y ennegrecidos los verdes tallos.

Nuestra vendedora es súa, vieja, grossera, ordinaria; canta su mercancía, sin entusiasmo; carece de seducción; no se siente ninfa ni poco ni mucho; para ella no hay la diferencia más mínima entre un pensamiento y un tomate; no piensa en agradar, y por ende carece del atractivo de la juventud fresca y linda, ofreciendo sus rosas.

EL CARRITO DEL VENDEDOR

Yo no sé si al cabo llegó á repa-

rarse tamaña injusticia, pero el hecho es que subsistió años y años sin protesta; ¡los coches de lujo pagando menos contribución que los carros de mano!... Todo el mundo le conoce; es un pobre desdichado sin más patrimonio que sus cordones y su carrito, que se levanta con el alba y que se pasa catorce horas trotando por las calles para sacarse dos pesetas. El día que no carga, no trabaja. Suele desayunarse con un trago de aguardiente, y á veces no come otra cosa que un pedazo de pan y un trozo de queso. Duerme sobre un jergón en el suelo, en una buhardilla, en un cuarto de aguadores, en cualquier parte. La pulmonía le acecha siempre aguardando esos momentos en que suelta los fardos bañado en sudor. Es el símbolo del presente; para él no existe el mañana; en su porvenir no hay nada sonrosado y luminoso; el hospital, la indigencia en la vejez, cuando la ancianidad blande sus músculos de hierro... Pues ese infeliz jornalero, que apenas gana para abonar la cuota de su oficio, pague por su carrito mayor contribución que por su carruaje la opulenta dama que pasea todas las tardes su aburrimiento por el Retiro ó la Castellana, blandamente reclinada en el almohadón de raso, y descansando el perfumado cuerpo en el suntuoso landeau ó en la elegante berlina que guía un galoneado cochero, y que arrastra un tronco de inglesas yeguas. El carrito del vendedor es la vida, el landeau de la dama es la comodidad, y sin embargo, mientras cada rodada del carrito era para su dueño un paso de muerte, rodaba casi de valde el landeau.

ALFONSO PEREZ NIEVA.
(Prohibida la reproducción.)

TIJERETAZOS

Los individuos que mata el telégrafo siguen bien.

Primero mató á Maceo y resulta que el célebre cabecilla está bueno y sano. Después suicidó de un tiro al hermano de aquel separatista; pero según hemos visto después á Maceo menor no le gusta el olor de la pólvora y no se suicida aunque se lo pidan con mucha necesidad.

Guillermo, que era otro de los muertos ha resucitado sin saber cómo. ¿Qué más? Hasta el teniente fusilado no ha sido pasado por las armas. Nada, como dijo el poeta:
Los muertos que vos hacéis
gozan de buena salud.

En vista de que gran número de personas han sido mordidas por perros en las calles de Barcelona, el alcalde de la ciudad condal ha tomado una medida salvadora.

Cazar los perros con lazo.
Siempre ocurre lo mismo en este bendito país.
Se procura remediar el mal cuando algún prójimo sufre las consecuencias. Antes no.

Un guardia municipal de Barcelona ha salvado la vida de un niño y después se ha negado á aceptar una cantidad que le ofrecía el padre por su buena y arriesgada acción.

Consignémoslo con gusto; tributémosle un aplauso.
No todo ha de ser censuras para los guardias municipales.

Mientras entraba en una tienda de Barcelona en un carretero, dejando el vehículo á la puerta, le desahogaron el carro unos sujetos poniendo en ingratitud la carga.

Hecho lo cual, los sujetos se retiraron modestamente por el foro, sin que el conductor del carro haya podido echarles la vista encima para darles las gracias.

Tampoco ha podido echarle la vista encima á la carga del carro.

NOTAS

Plagado de hondas tristezas ha estado el mes que ha pasado al panteón del tiempo.

Desde su primer momento hasta el último de sus días la antorcha funeraria ha ardid en memoria de los pobres naufragos del «Reina Regente.»

En las iglesias se ha elevado la voz de los sacerdotes cantando respuestas por aquellas pobres almas que huyeron de la tierra en una noche de horror. No hay pueblo que no haya elevado su túmulo en la modesta iglesia ó en la catedral suntuosa, para depositar en él el ramo de siemprevivas ó la corona de pensamientos. No encontrando en la tierra el lugar de la tumba de los naufragos, se ha hecho de todas las iglesias enorme sepulcro y sobre él se han vertido mares de lágrimas y se han depositado coronas á millares.

La catástrofe que privó á España de un héroe buque y que sumió á centenares de familias en triste desamparo fué horrenda; pero ante ella han dado un ejemplo admirable el gobierno y la nación.

Ha sido esta una lucha de sentimientos generosos, en la cual se han empujado los que desde arriba ordenan y los que desde abajo obedecen. Impulsados unos y otros por el deseo de hacer el bien, los de arriba se han apresurado á escogitar los medios para hacerlo en la mayor medida, en tanto que los de abajo aplaudían y gritaban:—¡Más! ¡Más!

Los de arriba han cumplido con su deber; pero los de abajo no tienen prelo; olvidando la situación económica del país, la parte de cada individuo, cada vez por encima los bolsillos se han abierto para ofrecer dinero á las viudas y á los huérfanos de los desdichados naufragos del «Reina Regente», única cosa que puede atenuar, por lo que al perjuicio material se refiere, el enorme daño que han sufrido.

A los pueblos que no tan gallardo modo cumplen con sus deberes no los puede abandonar Dios; y aunque su vida sea, como actualmente la de España, plagada de dificultades, han de salir victoriosos de la prueba cualesquiera sean las proporciones que esta alcance.

A los pesimismo de los pasados días sobre la cuestión cubana, basados mas que en hechos reales en el silencio del telégrafo, ha sucedido una reacción conveniente que lleva el castigo á los ánimos. Sin desconocer que lo que ocurre

458 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

—Me es casi indispensable—replicó el joven.

—Sea entonces—fué la contestación de Bonavides.
—Felipe agregó, dirigiéndose al sorprendido Molina que en balde se esforzaba por descifrar los discursos misteriosos que escuchaba.—Ya ves la imposibilidad en que estoy de prestarte hoy atención. Lo siento infinito, con toda mi alma.

—Seguramente—interpuso el joven—los intereses de los propios deben anteposeerse á todos los demás. Es muy justo, y no quiero ser importuno; pero mañana, sin falta, volveré. Sin falta—repitió con énfasis.

Saludó á la condesa, ya no con su antigua melifluidad, (Julia Quiroga la absorbiera toda) dió la mano á las caballeros, y bajó la escalera.

Margarita dejó á su marido y sobrino solos.

Bonavides fuertemente dominado en este momento por su alegría de verse libre de su importuna visita, á pesar de su reconocida reserva y circospección, no pudo reprimir el dar expresión al sentimiento que tan fuertemente lo dominaba.

—Gracias á Dios, que me he librado de él. ¡Un día de vida es vida!—dijo, como queriendo respirar con más libertad.—Me va faltando la paciencia. Desde que se ha casado con esa mujer ambiciosa, nada le suelta.

EL HILO DEL DESTINO.

459

Sumergido Fernando en sus propios pensamientos no hizo mucho caso de los de su pariente.

—Entremos en mis habitaciones—dijo este último, después que hubo articulado las ya dichas palabras; y asiendo al joven del brazo, penetraron en su departamento.

Pasaron al escritorio, ó mejor expresado, cuarto de cuentas, donde fueron vistos el conde y su amigo Felipe Molina por Laura Moncada, aquella mañana memorable en que la joven temió tan grandes resultados de su altercado; y en este cuarto, reunidos él y sobrino, ocuparon cada cual un asiento en silencio.

El conde esperó á que el joven abriera la conversación.

—Autorizado por ustedes fueron las primeras palabras de Fernando—y siguiendo en ello la inclinación de mi propio corazón, ustedes, como todos, saben las relaciones que contraí hace ahora ocho meses; relaciones que me han hecho durante estos ocho meses el hombre mas feliz sobre la tierra. Engañado por mis propios deseos, cegado por un amor propio, imperdonable, porque yo debí desde el principio conocer lo poco acreedor que era al tesoro que aspiraba, creí poseer un afecto que nunca—agregó con un esfuerzo doloroso—nunca me ha pertenecido, y cuya posesión estaba reservada para otro hombre

462 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

Los labios de Fernando temblaron convulsos al llegar á esta parte de su relación, y continuó hablando preso de una agitación nerviosa que contrala todas sus facciones.

—La luna iluminaba el jardín; caían sus rayos mas particularmente sobre el balcón de la sala, y descubría á mi vista dos personas que lo ocupaban. Mis ojos no se separaban del grupo, y presto oí una voz femenina articular estas palabras: «¡Júrame, Rafael mio, por el amor que te tengo; y la de un hombre contestar: «Te lo juro por mi amor, por ese amor que durará lo que mi existencia.» Y vi que ella se inclinó hacia él, que se abrazaron y se besaron... ¡Dios mio!—exclamó Fernando interrumpiéndose—solo porque lo oí y lo vi, porque sus palabras y su acción me lo revelaron, lo creí. A no ser por eso, aun fuera «juego en mi desgracia» a fe.

Un corto rato de silencio sucedió á esta dolorosa confesión.

Bonavides respetó un dolor tan justo y sostenido con tanta nobleza.

Así una mano del joven y la estrechó entre las suyas, animándole con él.

En breve Carvajal se repuso, y volvió á emprender un interrumpida relación:

—Lo que sufrí, ese Dios que los dispone me lo fo-